CARTAS Y POESÍAS INÉDITAS

DE

DON NARCISO CAMPILLO Y CORREA

DIRIGIDAS A

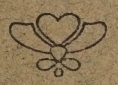
Don Eduardo de la Barra

Noticias interesantes y curiosas acerca de Gustavo A. Bécquer y del verdadero e ingenioso autor de las HISTORIAS DE LA CORTE CELESTIAL, con documentos que resuelven definitivamente esta cuestión literaria.

Publicadas con un Prólogo

POR

LEONARDO ELIZ



VALPARAISO
IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN ROMA
1923



as

Cartas y poesías inéditas

CARTAS Y POESÍAS INÉDITAS

DE

DON NARCISO CAMPILLO Y CORREA

DIRIGIDAS A

Don Eduardo de la Barra

———ooo———

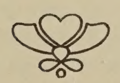
Noticias interesantes y curiosas acerca de Gustavo A. Bécquer y del verdadero e ingenioso autor de las HISTORIAS DE LA CORTE CELESTIAL, con documentos que resuelven definitivamente esta cuestión literaria.

———ooo———

Publicadas con un Prólogo

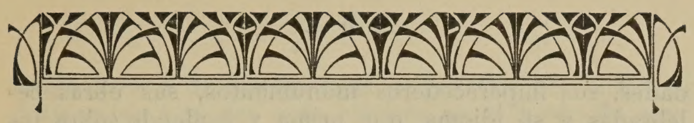
POR

LEONARDO ELIZ



VALPARAISO
IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN ROMA

1923



PRÓLOGO

Confieso que las cosas de España me han interesado tanto como las de mi patria. A través de su historia he visto las tierras peninsulares, sus ríos y montañas, sus valles y bosques, sus ciudades y aldeas y la coronada Urbe matritense, residencia de reyes y emporio de ciencias, artes y letras. En veces he lamentado sus desastres; en otras he sentido alborozo por sus glorias legendarias. Conozco a muchos de sus escritores, artistas y poetas ilustres; porque mi espíritu, de escarceo en escarceo, gusta del dulcísimo licor que acendran y fabrican las solícitas y doradas abejas del Pindo hispano.

Raza hidalga, inteligente y valerosa es la española: hay oro puro en su corazón; hay energías invencibles y misteriosas en su alma: tiene un cerebro que asombra por el ingenio y la fecundidad. ¿Pruebas? Ahí están sus heroicas hazañas, su progreso en todas sus activi-

dades, sus imperecederos monumentos, sus obras celebradas y su idioma, que prima y esplende sobre los demás por su harmonía, riqueza y elocuencia.

Acaso por esto mismo he sido inclinado al estudio de la biobibliografía española, que es interesantísima. Ella será en todo tiempo una fuente inagotable de noticias y de investigaciones para escribir nuevas y eruditas monografías. Las vidas de los grandes hombres no se han hecho definitivamente de una sola vez. Para realizarlo, ha habido muchos libros y manuscritos que consultar, muchas vigilias que vencer y muchos datos que compulsar. No hay historia posible sin la verdad. Además, aparecen datos que rectifican nombres o sucesos con pormenores que avaloran aún más el interés de la historia del espíritu humano.

Con el presente trabajo, inicio una serie de estudios histórico-hispano-americanos, que iré publicando, Dios mediante. Para tales fines, cuento con una buena documentación inédita y numerosos apuntes, fruto de mis lecturas y de mi afán de curiosear vidas y hechos de otro tiempo.

*
* *

Guardo, como oro en paño, seis cartas y cinco poesías de don Narciso Campillo y Correa, todas escritas de su puño y letra y dirigidas a don Eduardo de la Barra por los años de 1889 a 1892. En el presente opúsculo las publico, menos dos poesías por razones que explicaré más adelante.

Grande fué la amistad de Campillo y de la Barra. Ambos eran profundos humanistas: el primero, catedrático de literatura del Instituto del Cardenal Cisneros, de Madrid, y el segundo, rector y profesor de la misma

asignatura y de matemáticas superiores del Liceo de Valparaíso. Los dos eran clásicos en el modo de escribir, pero sus númenes se solazaban a veces por las cúspides del romanticismo. Eran libre-pensadores y defendían la Verdad y la Justicia. Tenían viva y fecunda imaginación y una conversación amenísima, que cuantos les oían quedaban cautivos de su trato. Sus frases aladas, chispeantes, satíricas, ingeniosas, eran como certeras saetas. En España se recuerdan aún epigramas de Campillo; en Chile se repiten todavía epigramas de Barra. Ambos hicieron un apostolado de la enseñanza y fueron escritores muy hábiles y eruditos. Luz de astros dejaron en su camino, que no se extinguirá sino con la lengua castellana. Ambos, en fin, murieron en la pobreza, en un mismo año (1); pero sobre sus tumbas ha quedado excelsa y fulgurante aureola de inmortalidad.

Débese a Eduardo de la Barra el haber dado a conocer en nuestro país la *Retórica y Poética* de Campillo, la cual, en opinión de don Julio Cejador y Frauca, es «una de las mejores del siglo XIX en España». Estudiáronla sus alumnos hasta 1891, en cuyo año Barra partió a la Argentina para librarse de las persecuciones del partido revolucionario triunfante, que lo destituyó de su puesto de rector por ser adicto a la causa de Balmaceda. Sucedíle en la cátedra de literatura, y hasta ahora es el texto que he preferido siempre para mis alumnos.

Campillo admiraba a Barra por sus facultades poéticas y talento cultísimo, por su entereza de carácter y hombría de bien y por sus becquerianas, laureadas en público certamen. Había en ambos gran cariño, amistad tierna y leal, no obstante de la enorme dis-

(1) Campillo falleció el 2 de Enero y Barra el 10 de Abril de 1900.

tancia en que se hallaban. Recuerdo que mi querido amigo de la Barra me hablaba con entusiasmo de Campillo. Por él conocí las poesías del célebre vate hispalense y su obra *Una docena de cuentos;* y a promedio de 1890, mostróme regocijado un autógrafo de Bécquer, en tarjeta diminuta, que le había enviado Campillo desde Madrid. Barra dedicó a su amigo el micro-poema XXXVIII, titulado: *Las buenas hijas,* poesía impregnada de terneza y donaire.

Ello es que hay en la Naturaleza un poder ultra sensible que aproxima a los hombres espiritualmente: los une una doctrina, los encamina un mismo pensamiento, trabajan por un solo ideal. Esto se ve en algunos enamorados de la pluma, que no conocen la envidia ni el egoísmo; porque son verdaderamente Caballeros del Ensueño, en cuyas almas ha tomado asiento la virtud. ¡Con cuánta humana filosofía dijo Cervantes: «Letras sin virtud son perlas en muladar!»

Aquí se conoce sólo a Campillo por su *Retórica y Poética.* Es de lamentar el silencio que se ha guardado en España respecto de su vida y de sus obras. Su mismo fallecimiento fué casi inadvertido en Madrid. Sin embargo, era un escritor eminente, de refinado gusto clásico, y profesor distinguidísimo.

Para los que deseen conocerle, esbozo, en seguida, en breves rasgos, su biografía.

Narciso Campillo y Correa nació en Sevilla en 1835. Los datos acerca de su familia, de su juventud y de sus primeros estudios, se encuentran consignados en sus propias cartas que publico por primera vez en este libro. Terminada en su pueblo natal la carrera de filosofía y letras, en 1865 fué profesor de retórica, poética y autores clásicos del Instituto de Cádiz, en cuya ciudad fundó y redactó con Roque Barcia el diario *El Demócrata Andaluz* y otras publicaciones, siendo co-

rresponsal de varios periódicos de América. En 1869 ganó la misma cátedra en el Instituto del Cardenal Cisneros, de Madrid, desempeñándola hasta su muerte, acaecida el 2 de Enero de 1900. Fué íntimo amigo de Bécquer, juntamente con Ramón Rodríguez Correa, Javier de Burgos y Julio Nombela. Colaboró en *El Museo Universal*, *Escen Contempor* y *La Ilustración Española y Americana.* Distinguióse mucho como conferenciante en el Ateneo de Madrid, y su disertación sobre la *Historia del periodismo* le hizo famoso en 1890. «Fué miembro de las Academias *Real Gaditana de Ciencias y Letras* y *Nacionale Agricole et Commercial* de Francia, y concejal del Ayuntamiento de Cádiz» (1). Publicó las obras siguientes: *Poesías* (Sevilla, 1858), *Memoria sobre el estilo* (Cádiz, 1865), *Nuevas poesías* (Cádiz, 1867), *Almanaque enciclopédico* (Cádiz, 1868 y 1869), *Retórica y Poética* (Madrid, 1872). La sexta edición de esta obra la publicaron en 1901 sus hijos don Narciso y don Rafael, profesores respectivamente de gimnástica y de dibujo en Madrid. En 1912 apareció la séptima, aumentada con un interesante *Resumen crítico de historia de la literatura española*, escrito por don Andrés González Blanco. Además, publicó *Una docena de cuentos*, con prólogo de don Juan Valera (Madrid, 1878), *Nuevos cuentos* (Madrid, 1881), *Florilegio español*, en dos volúmenes: el primero contiene artículos originales; el segundo, poesías escogidas de los poetas más ilustres de España (Madrid, 1885 y 1888), *Historia del periodismo* (1890), *Cuentos y sucedidos*, con la colaboración de don Javier de Burgos (Madrid, 1893 y 1899). En *España Moderna* de 1895 publicó dos hermosos trabajos, que debieran reimprimirse en un libro: *El difunto*

(1) *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Espasa, Tomo X, pág. 1277.

y *La niña de los cinco pisos*. También escribió un bellísimo prólogo para las *Ráfagas poéticas* del malogrado poeta gaditano Arístides Pongilione, otro para *La conversión de un zegrí*, leyenda de Carlos Peñaranda, y varios estudios curiosísimos sobre gimnástica, en la que alcanzó fama de maestro eximio.

*
* *

Y aquí viene a los puntos de la pluma una cuestión literaria muy interesante: hasta ahora no se sabe a punto fijo quién sea el autor de las *Historias de la corte celestial*, obra publicada en Madrid en 1891 con el pseudónimo de *Un sacristán jubilado* .·., que produjo honda sensación y ruido extraordinario, numerosas acusaciones y excomuniones, buscándose con ahínco e iracundia al incógnito autor para prenderle, encarcelarle y... fulminarle; pero los acusadores no alcanzaron el fruto deseado, y el tiempo fué pasando sin saberse quién era. Después de treinta y un años, desde aquella estupenda publicación, ¿por qué no he de levantar ahora la lápida de olvido para establecer la verdad histórica? ¿Quién fué, al fin, el verdadero autor? Uno de los escasos biógrafos de Campillo se adelanta a decir: «No falta quien atribuye a Campillo la obra *Historias de la corte celestial*, cuyo autor se oculta con el pseudónimo de *Un sacristán jubilado*.» (1).

En 1918, don Julio Cejador y Frauca, en su obra monumental: *Historia de la lengua y literatura castellana*, dice que Campillo debe de ser el autor porque «en un ejemplar de *Historias de la corte celestial*, propiedad

(1) *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Tomo X, pág, 1277.

de don Fco. Viñals, discípulo de Campillo, corregido por el propio autor, puso éste tras la dedicatoria estos versos y firma»:

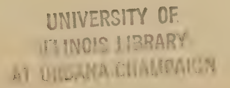
«Este es libro original,
cien veces excomulgado,
pues al fanatismo ha dado
una estocada mortal.
Califica al Santoral
según la razón humana,
no confunde pez con rana,
da a cada cosa su nombre,
enseña al hombre a ser hombre,
y es la verdad del mañana».

S.∴ J.∴ (1)

Como se ve, la sospecha recae en Campillo; pero falta una confirmación categórica, irredargüible. Mas, la duda se va a declarar vencida ante el resplandor de la verdad. Nada resiste a una prueba documental. Es lo cierto que Campillo confió este secreto a don Eduardo de la Barra, y se lo dice y lo confirma con rasgos geniales en las cartas III, IV y VI, que se leerán más adelante. Aún más: poseo dos poesías, escritas por el mismo Campillo, con su letra clara y hermosa, tituladas: *Conversación* y *Noche gaditana*. La primera tiene 165 versos y al pie la firma de él. Principia con este verso endecasílabo: «Mi amigo inseparable me decía...» La segunda consta de 302 versos octosílabos y la firma *Un sacristán jubilado* ∴ con la rúbrica que usó siempre. Comienza así:

Pirámides tiene Egipto,
Roma palacios y termas,
soberbias escuadras Londres
y Cádiz tiene tabernas.

(1) Tomo VIII, pág. 249.



Ya por la extensión de estas poesías, ya por el asunto que tratan, que es el de zaherir al clero con gran fisga, chispa y desenvoltura, dándole cordelejo de lo lindo, como si fueran flores de cantueso, no las publico por ahora. Créolas posteriores a 1891. En cuanto a las *Historias de la corte celestial*, no me ha sido posible encontrar esta obra, ni nadie la conoce por acá, ni aún en la Biblioteca Nacional, con ser que tiene más de 600,000 volúmenes. Eduardo de la Barra guardaba un ejemplar que Campillo le había enviado a Rosario de Santa Fe (República Argentina); pero los libros y manuscritos que el ilustre desterrado reunió durante su permanencia en la patria de San Martín y Belgrano, se perdieron, en 1895, con el hundimiento en el Estrecho de Magallanes del vapor «Copérnico», que los traía a Chile.

Con lo expuesto, dejo resuelta plenamente esta cuestión literaria. Las cartas hablan y los hechos confirman: ☞ Narciso Campillo es, pues, el verdadero y único autor de las *Historias de la corte celestial*. ☜

*
* *

Respecto de sus méritos, hé aquí algunos juicios breves, que realzan la fama del poeta y literato sevillano. El P. Francisco Blanco García dice: «Varia, elegante y espléndida es la inspiración de Campillo, que como ningún otro representó en la escuela sevillana el espíritu ecléctico y tolerante, tan apasionado de la poesía moderna como de la tradicional, con sus respectivos caracteres». De su prosa agrega: «Muy diferentes son los cuentos, que sabe comunicarles la movilidad,

gracia y travesura del genio español, y del andaluz en particular.» (1).

Don Julio Cejador y Frauca: «Escritor, ya clásico, ya romántico, elegante y castizo en prosa y verso, saladísimo, epigramático y muy popular, cuentista chispeante y hasta descarado... «Clásico en gustos literarios y andaluz de los *guasones*, que toman la vida en broma, sacando partido de todo para reír...» (2).

Don Angel Lasso de la Vega y Argüelles: «Campillo evoca también al sueño, consuelo del afligido, como asimismo lo hicieron Herrera y Lista con tanta melancolía y dulzura». (3).

Otro crítico ha dicho en una revista literaria madrileña: «Sus octavas *Al Verano* parecen escritas en el siglo XVII por el mismo Rioja. En las composiciones que llevan por título *Melodía*, *A Rosa*, *A la melancolía*, *A Dios* y *A la muerte de Quintana*, y en otras muchas, une el señor Campillo a su elegante manera de decir, una elevada inspiración y una abundancia de pensamientos y sentimientos que el espíritu del siglo ha fecundado y hecho nacer en el alma».

Se le ha llamado ecléctico, porque fué admirador de los poetas clásicos Rioja, Herrera y Luis de León y de los románticos Zorrilla, Espronceda y Arolas, y de Hugo y Lamartine. En su lirismo, ya es erótico, ya contemplativamente místico. Eso sí que después evolucionó su espíritu, siguiendo los rumbos de una filosofía emancipadora.... «La donosura de su ingenio meridional— ha dicho otro crítico eminente— derrochábase en la conversación que matizaba con saladísimos y

---

(1) *La literatura española en el siglo XIX*, Parte II, pág. 55.

(2) *Historia de la lengua y literatura castellana*, Tomo VIII, pág. 246.

(3) *Historia y juicio crítico de la Escuela Poética Sevillana en los siglos XVIII y XIX*, pág. 242.

oportunos epigramas, algunos de lós cuales se han popularizado». La galanura de su inspiración gallardea en sus versos, como puede verse en éstos, refiriéndose *A Sevilla:*

Hermosa perla, encanto de este suelo,
ciudad de amores, flor de Andalucía,
en cuyo oriente al despuntar el día
la aurora luce tintas de arrebol.
Lánzanse al aire tus soberbias torres,
tus muros besa murmurando el río;
por contemplar tu gala y poderío
pára su carro embebecido el sol. (1).

Su primera melodía *A Rosa* termina con esta estrofa:

Luz de mis días, sueño de mis noches,
gentil, ardiente, incomparable Rosa,
la de los ojos puros y adormidos,
la que entre todas se levanta airosa
como palma entre arbustos florecidos:
mira que yo he bebido en tu palabra
la intensa languidez que me enagena;
mira que de tus ojos me ha bañado
lumbre fogosa de esperanzas llena:
no dejes que se pierdan como nubes
que desvanece borrascoso viento;
no al águila le prives de sus alas
para que alzarse hasta tu sol consiga;
sino con ansia inextinguible y loca
haz que extasiado tu belleza admire,
y juntando mi boca con tu boca,
de amor y gozo espire. (2).

---

(1) *Poesias*, Sevilla, 1858. Pág· 45.
(2) *Nuevas poesias*, Cádiz, 1867. Pág. 167.

En otra poesía evoca al Invierno y describe su estación y los cambios que se producen en la Naturaleza; pero ¡con qué vigor, variedad y colorido!:

Ven con tus nieves y copiosas lluvias,
con tus pardos celajes y tus vientos,
invierno cano, y de la escarcha fría
mire cubierta yo tu espesa barba.
Si, ven; te espero con afán: que ruja
por los aires el trueno resonando,
desplómese abatido el alto muro,
y el fulgor del relámpago ilumine
inmensas nubes de color sombrío.

Y más adelante exclama:

¡Arido invierno! Si agitado el noto
silba y el monte en sus raíces tiembla,
si las nublosas pléyadas se inclinan
y abundante desplómase la lluvia
cual derramado océano, y los truenos
roncamente retumban estallando,
Dios, Dios, Inmensidad, suena en mi oido.
A esta gran voz mi espíritu se eleva
más fuerte que los raudos aquilones:
se eleva en alas de tu fe y te admira,
soberano Hacedor. Fuego es tu trono,
tu palabra desciende cual rocío
a cuantos orbes tu poder sustenta.
No indignado les niegues tu mirada;
que entonces de ellos triunfará la muerte. (1).

Su composición *Al Verano* es una joya del Parnaso español por la belleza de sus pensamientos y por la galanía y sonora rotundidad de sus versos, teniendo, además, la sencillez, naturalidad y tersura digna de la

(1) *Nuevas poesías*. Cádiz, 1867. Págs. 305 y 308.

Musa del inmortal Rioja. Transcribo las siguientes octavas reales, que podrían servir de modelo:

¡Oh, cómo a nuestros ojos apareces
de magestad vestida y hermosura,
y cuán grata y fecunda resplandeces
en el campo andaluz, rica natura!
Por tí su fruto en los estivos meses
rinden el monte, el valle y la llanura,
y bajo el techo de la humilde choza
el labrador al contemplarlos goza.

....

Todo es paz y ventura: coronada
de fruto y flor la bella Andalucía,
se alza risueña de esplendor bañada,
cual suele alzarse en el oriente el dia;
que ya sobre la vega dilatada
benigno el sol y generoso envía
inmensos dones en su rayo cano:
dones que ostenta plácido el verano.

....

Tiempo es ahora en baño delicioso,
si dormido en sus grutas yace el viento,
y de las selvas el ramaje umbroso
no se agita con tenue movimiento,
de gozar el arroyo rumoroso
que sobre guijas desmayado y lento,
entre amargas adelfas encamina
la tarda huella y onda cristalina.

Aquí Nisida bella se bañaba,
aquí su rubia cabellera de oro
sobre la espalda y pecho derramaba,
avara de esconder tanto tesoro:
aquí su voz suavísima entonaba
himnos que el eco repitió sonoro
y que las aves modularon cuando
por el limpio raudal iba nadando.

Aquí en un tronco que en la margen crece,
de una vid trepadora revestido,
donde el ganado errante se guarece
y tiene el dulce colorín su nido,
un juramento fiel que amor le ofrece,
en la verde corteza halló esculpido:
la letra dice: «Nísida, primero
que olvidarme de tí, la muerte quiero. (1).

*
* *

Campillo fué uno de los amigos más íntimos de Bécquer. Estudiaron juntos en el Colegio de San Telmo, cuando el primero tenía doce años y el segundo diez, y en sus aulas dieron vuelo a sus ensoñares poéticos.

Allí escribieron un drama: *Los conjurados*, que representaron con otros alumnos, y tres cantos sobre la conquista de Sevilla. Además, una novela: *El Bujarrón en el desierto*, por el estilo de las de Walter Scott, que no concluyeron. Campillo y Bécquer formaron con Nombela «un triunvirato literario»: propusiéronse escribir y publicar un tomo de versos, con cuyo producto costearían su viaje a Madrid en busca de la gloria, divina flor de luz de sus ensueños juveniles...

En Madrid, en un rinconcito del Café Suizo, por los años 1860 a 1861, Bécquer escribió sus *Rimas*, en las que están su corazón y su alma, en versos tiernísimos y maravillosos. Murió sin sospechar que sus poesías iban a ser en la posteridad su lauro inmortal y sus rosas inmarcesibles. Injusto fué Núñez de Arce al decir que las *Rimas* eran «suspirillos germánicos y vuelos de gallina»; y Zorrilla, que no les encontraba poesía!... Nada de eso: Bécquer es originalísimo: sus pensares y

(1) *Nuevas poesías*. Cádiz, 1867. Págs. 311 a 316.

sentires son muy suyos, y tan humanos que pensamos y sentimos como él. ¡Qué bien dice Emilio Carrère: «En España todos hemos sentido a Bécquer al lado de una bella mujercita que era nuestro primer amor!»

Sábese por sus amigos que antes de componer sus *Rimas* no había leído ninguna poesía de Heine, del dulce pero irónico ruiseñor de Dusseldorf. No podía, pues, imitar a un poeta cuyos versos no conocía. El vate sevillano nació para el sentimiento puro y tierno; su melancolía era ingénita; su trato, suavísimo e ingenuo; figuró en una época de mayor lirismo y musicalidad; vivió vida de fantasía y murió muerte de infortunio y tristura inmensa.

Un gran crítico ha dicho: «Ni de los clásicos ni de los alemanes tomó nada Bécquer: es el lírico más subjetivo, más español y castizo que ha habido en España... Hay en sus versos una extraña melodía interna... Toda su corta vida fué: amar idealmente y realmente penar... El summum de sentimiento con el minimum de forma: tal es lo sublime en la lírica, y eso es Bécquer...»

Así fué el condiscípulo y amigo de Campillo. Rodríguez Correa y Nombela escribieron acerca de la vida de Bécquer, y Campillo publicó una biografía y un retrato en el primer número de *La Ilustración*, de Madrid, en Enero de 1871. Entonces la gloria de Bécquer surgió esplendorosa por el mundo. ¡Qué mucho que en estos últimos años toda Andalucía haya rendido justo y solemne homenaje a este desventurado ingenio! Sus restos descansan ahora en la tierra que nacer lo viera, en la cripta de la iglesia de la Universidad literaria. A la vera del Guadalquivir está erigido su monumento y se conserva aún la casita donde nació el soñador hispalense. Este homenaje patriótico débese en mucho a dos preclaros ingenios, también oriundos de Sevilla: a Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, porque, según la

donosa expresión de don Santiago Montoto, «al mágico conjuro de la *Rima eterna* se alzó de los jardines sevillanos, a orillas del Guadalquivir, el monumento a Bécquer, esculpido maravillosamente por Coullaut Valera, cuyo cincel inspira el más poético romanticismo sevillano.» Y a este recuerdo réstame sólo agregar el nombre del insigne literato don José Gestoso por su hermosísima obra en honra y gloria de Bécquer, publicada por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Pláceme aquí, en mayor elogio de Bécquer, copiar la rima XI, tan linda y celebrada, con su traducción en la dulce lengua del Petrarca. Bien sé que esta versión es casi desconocida y servirá de deleite a quien la leyere, comparándola con el original. El hábil traductor fué el famoso profesor italiano señor Marco Antonio Canini. Son éstas:

—Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
—¿A mí me buscas?—No es a ti; no.

—Mi frente es pálida, mis trenzas de oro;
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternura guardo un tesoro.
—¿A mí me llamas?—No; no es a ti.

—Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible,
no puedo amarte.—¡Oh, ven; ven tú!

—Io sono ardente, bruna son io,
io sono il simbolo della passion;
gioir ansioso brama il cor mio.
Son io che cerchi?—Non sei tu, no.

—La fronte ho pallida, le trecce d'oro;
gioie ti posso dar senza fin;
di tenerezza serbo un tesoro.
Son io che chiami?—Non, non sei tu.

—Io sono un sogno, un impossibile;
di luce e nebbia fantasma son;
sono incorporea, sono intangibile;
non posso amarti.— O vieni, vien.

*
* *

Rodríguez Correa dice: «Pero lo imposible de imitar en Bécquer es su propio espíritu, su manera de ver, como dicen los pintores, su *idiosincrasia* como lo llaman los naturalistas». Efectivamente, muchos imitadores tuvo tanto en España como en América. Y sólo un poeta chileno alcanzó el triunfo deseado: éste fué don Eduardo de la Barra, espíritu selecto, profundo conocedor de la lengua y la métrica castellanas, de agudísimo ingenio y de dotes insuperables para imitar los más diversos estilos y las más variadas entonaciones de líricos antiguos y modernos. Sus *Rimas* (1) fueron laureadas en el certamen más concurrido que en Chile se ha celebrado, mereciendo los conceptos más elogiosos del jurado, que lo componían don José Victorino Lastarria, don Manuel Blanco Cuartín y don Diego Barros Arana. La prensa americana y española publicó muchos juicios en loanza de las *Rimas* del distinguido poeta chileno. Recuerdo que don Vicente Barrantes, en un artículo de *La España Moderna*, en 1887, al hablar de las *Rimas* de Barra, decía que sus «imita-

(1) *Rimas Chilenas* por Eduardo de la Barra, correspondiente de la Real Academia Española. Precedidas de la biografía del autor por Leonardo Eliz. París, Garnier Hermanos, 1890.

ciones de Bécquer pueden ponerse al lado del modelo, que es el mayor elogio que de ellas puede hacerse». Con razón se le ha llamado «el Bécquer americano». Para juzgarle, bastaría leer la rima XXIV, a Walter Burton, que principia de este modo:

Los ojos llorosos,
nublado los cielos,
el pecho oprimido,
sacamos al muerto.
Hermanos y amigos
vestidos de negro,
el carro seguían
formando el cortejo.

* * *

Seis son las cartas que publico de Campillo. Están escritas con llaneza y abundan en ellas noticias y apreciaciones de grande interés. De las cinco poesías manuscritas que conservo, sólo tres doy a la publicidad, como lo dije anteriormente. La primera: *A la impresión de un libro.* Tiene muchas y valiosas correcciones hechas por el mismo Campillo. Es un hermoso e inspirado canto al libro y al arte de la imprenta. La segunda: *Un astro.* Es castiza y de esmerada ejecución. Hay en sus versos sabor horaciano, y termina con una palabra que es toda una crítica terriblemente acerba y punzante. La última: *Memorias.* Es un idilio, pero no imaginado sino verdadero. Fué un paréntesis en la vida de Campillo, ya muy lejos de su mocedad. Es una poesía íntima, vivida, apasionada, tierna, bellísima. Guardábala con misterio y para no publicarla nunca. Deleitan sus delicadas expresiones, admiran sus imágenes poéticas, recrean el oído sus versos harmoniosos.

¡Qué sencillez, corrección, claridad y naturalidad en el lenguaje y en el estilo! En toda ella se ve la nitidez de la lírica del siglo de oro del Parnaso español, y por esto mismo Campillo seguirá siendo el genuino representante de la escuela poética sevillana contemporánea.

*
* *

En fin, he reunido en este prólogo a tres hombres ilustres: Campillo, Bécquer y Barra, y mi ánimo ha sido recordarlos y aportar, a la vida de cada uno, nuevas e interesantes noticias. Los tres dejaron obras admirables a la posteridad, que no amenguarán sus méritos ni las fiebres suntuarias de nuevas tendencias literarias, ni la búsqueda y el uso de vocablos extraños al idioma, ni la vana sonoridad de los conceptos, ni el ayuno de nobles ideas y disciplinas.

A Bécquer se le ha llevado al apogeo de su gloria. A Campillo se le tiene en el olvido, pero la hidalga y entusiasta Sevilla le recordará y enaltecerá sus obras. Acaso no esté lejos el día de esta reparación para el sabio preceptista, poeta eminente y prosista eximio. En mi país, Barra también yace olvidado. Sólo unos pocos se acuerdan de él para citarlo como gran patriota, polígrafo y educacionista y como poeta elegante y melodioso. Pero llegará el tiempo de la justicia histórica: sus obras se reimprimirán y se perpetuarán en el bronce o en el mármol su figura y su nombre.

Leonardo Eliz.

Valparaíso, Febrero de 1923.





CARTA I

Ateneo de Madrid, 24 de Septiembre de 1889

SR. DN. EDUARDO DE LA BARRA,

Valparaíso.

Estimado compañero y amigo: recibí hace dos días su apreciable del 17 de Agosto, y ayer sus *Elementos de métrica castellana.* Le agradezco mucho ambas cosas, y también el que haya dado a conocer mi *Retórica* en ese país de mi especial predilección entre los de América.

Con esta fecha misma le remito uno de mis *Discursos* en este Ateneo y dos ejemplares de mis *Nuevas poesías* para que en recuerdo mío conserve el que va dedicado y regale el otro a cualquier amigo suyo de ahí, que tenga aficiones literarias.

El ejemplar de *Métrica castellana* enviado con el señor Alcalá Galiano hace tiempo, según me dice, no lo recibí, ni he visto a dicho señor desde muchos años. Tampoco ha llegado aún el tomo primero de sus *Poesías*, que debió venir con su carta del 17 de Agosto, ya que fueron enviadas por el mismo correo.

Cuando conteste a las presentes líneas, dígame qué edición de la *Retórica* es la última que conoce, y el lugar y año de su impresión, si existen ahí los *Programas* adaptados al texto: qué poetas y literatos son ahí los principales, y todo cuanto vea y crea oportuno en este sentido; quedando obligado yo a la recíproca.

Pronto regresará mi buen amigo don Juan Valera, y entonces le diré que le remita sus versos y alguna de sus novelas. En cuanto a los escritos de Revilla, no valen gran cosa; aunque siempre valen más que el sin vergüenza de su autor (q. e. p. d.). No extrañe la calificación, pues sobrados motivos tengo para hacerla.

No le hablo ahora de su *Métrica*, porque todavía no la he leído y lo reservo para más adelante cuando la conozca bien, así como lo haré de sus *Poesías*, si tengo la suerte de que lleguen a mis manos.

Veo con gusto que han llegado ahí las composiciones de Gustavo A. Bécquer, mi paisano, amigo y compañero desde la infancia, y también mi discípulo, pues le enseñé geografía, literatura y a nadar cuando los dos éramos muchachos. Después, en unión del pintor Casado y de Rodríguez Correa, püde salvarle del olvido imprimiendo sus obras, que eran desconocidas, y esparciéndolas a los cuatro vientos. Merece la fama que ha alcanzado por su talento y poderosa intuición artística y también por sus desgracias; aunque éstas, en honor de la verdad, fueron hijas de su estrafalario carácter.

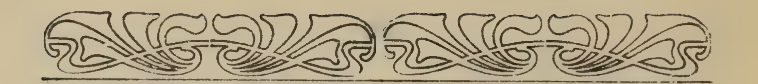
Puede remitir algunos ejemplares de su *Tablero rítmico* a don Eugenio Páez, representante de la Librería de Hernando, Arsenal, número 11, Madrid; aunque desde ahora le anuncio que su venta será muy escasa, pues van por otro mundo las corrientes. Y esto es seguro, aún suponiendo que su obra sea una maravilla. Tienen que pasar muchos años por España antes de que la cultura general pueda conceder a los libros el mérito que tienen y premiar a sus autores comprándolos y leyéndolos. Triste verdad, pero verdad.

Y aquí hago punto, deseándole toda suerte de prosperidades y ofreciéndome suyo amigo y compañero.

NARCISO CAMPILLO.

Tiene Vd. su casa—Justa—5—2.º





CARTA II

Ateneo de Madrid, 20 de Enero de 1890.

Sr. Dn. Eduardo de la Barra,

Valparaíso.

Mi estimado señor y amigo: como estoy tan ocupado, iré eslabonando párrafos en los ratos libres: y cuando se acabe esta carta o longaniza, pondré la fecha, y en paz.

Lo primero es darle las más expresivas gracias por sus hermosas poesías y demás obras, que leo con sumo deleite. En todas resplandece un clarísimo ingenio, acompañado de vasto saber, y más le diría, si hablase de otro, o fuese mi carácter algo dado a la lisonja.

Poco antes o después que estos renglones recibirá mis *Nuevos cuentos*, y ya le iré remitiendo otras cosas. ¿Por qué no se las remito ahora? Pues porque soy muy descuidado y no las tengo, y he de buscarlas.

Hablemos de nuestro amigo Bécquer. Nació éste en Sevilla: su madre y la mía eran amigas, y nos conocimos muy niños. Después, como hijos ambos de viudas

pobres y nobles, entramos por cuenta del Estado en el Real Colegio de San Telmo, escuela de navegantes, donde estudiamos la carrera de piloto, aunque sin terminarla por la supresión de dicho colegio y de las plazas gratuitas. El era más pobre que yo, y no pudo seguir carrera; pero venía a mi casa, y yo le enseñaba lo que me enseñaban: le hacía un favor y me servía de repaso. Le enseñé a nadar, a manejar una espada, etc. El año 54 vinimos a Madrid: él se quedó y yo volví a Sevilla. Volvimos a vernos el 69, y ya no nos separamos hasta el 70 en que murió. Fué desgraciado, en lo que influyó no poco su carácter melancólico, altivo y descuidadísimo hasta en el aseo de su persona. Baste decirle que la primera vez que vino a casa en Madrid, mi mujer le creyó un mendigo por lo sucio y mugriento. Estrenaba ropa, y en seguida la ponía llena de manchas y suciedad. Del capítulo del desaseo pudieran escribirse cosas originales.

Meses antes de morir me trajo sus versos para que se los corrigiese (como lo hice), diciéndome que estaba «preparando la maleta para el gran viaje». Cayó grave, y sin Rodríguez Correa y otros amigos que le queríamos, no hubiese tenido medicinas, ni alimentos, ni una sepultura decente. Y pudiera añadirse que ni fama. Rodríguez Correa (que no es pariente mío, como Vd. se figura), el pintor Casado y yo, convocamos una reunión de literatos y artistas, hablamos del mérito de Bécquer, a quien casi ninguno conocía, de sus obras inéditas y de las impresas en distintos periódicos, que al fin se perderían: y dando el ejemplo y encabezando la suscripción, reunimos unos 14,000 reales, con que se hizo la edición primera, dedicando la propiedad y el producto a su viuda y a sus hijos. Agitamos la prensa, mandamos ejemplares a América y dimos a conocer al que pocos días antes de morir sólo conocían sus amigos.

Era Bécquer de mediana estatura o algo menos, morenillo, peludo como un oso, de ánimo valiente y sereno y con imaginación bastante para cientos de artistas. Núñez de Arce y cuantos le zahieren, no le llegan a los zancajos en inspiración y genio. Su impasibilidad la pinta este rasgo: nadábamos juntos en el Guadalquivir: iba muy fatigado y le ví hundirse: el sitio era peligroso y muy profundo: cuando apareció, me dijo: «si no me salvas, me ahogo», con el mismo tono que si dijera «buenos días». Pude llevarle a sitio seguro, y cuando nos vestíamos, dijo: «debe ser muy mala muerte la del ahogado». Y no hablamos más del asunto. Estaba separado de su mujer: ni le pregunté, ni me habló nunca de sus pesares domésticos.

Le he conocido sin camisa, ni calcetines: tomaba dinero y lo gastaba... en varias cajas de guantes finísimos, una alfombra de 200 duros (que luego vendió en 25), en convidar amigos y... (1). A los pocos días estaba casi descalzo y yo no le podía comprar botas, porque me faltaba dinero: le dí unas mías, y como soy mucho más alto y con el pie mayor, andaba Gustavito por las calles de Madrid embarcado en ellas y haciendo un ruido espantoso. El se reía y yo también cuando me contaba sus tropezones. Lamentábase de que su mala salud y su pobreza sólo le hubiesen permitido *desahogarse* con poesías cortas. Era generoso y caritativo: lo que no sabía, lo adivinaba: en música y en pintura hubiera sido más que en poesía. Dibujaba muy bien: y en el piano, y aún con las púas de un peine grande (sujeto entre los dientes), tocaba cosas increíbles, sobre todo, no sabiendo música. Este y Benjumea son los dos talentos mayores que he visto. Ambos fueron sevillanos, escritores, poetas, artistas y ambos murieron en la pobreza.

---

(1) Suprimo una frase por ser bastante cruda.—N. DEL E.

Tiene Vd. razón en su ortografía. Hace muchos años comencé una obra titulada *Reforma de la escritura y ortografía española*, aspirando al premio de la Academia; pero supe que tal premio estaba ya destinado, y la dejé. Como base general, adoptaba este principio:— un sonido para cada letra: «no más de una letra para cada sonido: debe escribirse como se habla». Desarrollando esta base, desaparece la confusión de *c* y *z*: la *u* de *que*, *guerra*, etc.: los varios usos de la *c*, *q*, *k*: la doble *rr*, y otras cosas ilógicas y feas. Pero nadie es tan reformador de los idiomas como el tiempo.

Señas. Don Juan Valera: calle de Claudio Coëllo, 25, principal, Madrid. Doña Emilia Pardo Bazán: calle del Marqués del Duero, 6. Don José María Asensio y Toledo es, o ha sido, Presidente de la Academia Sevillana de Buenas Letras. Don Manuel Milá y Fontanals ha muerto. Don José Salvador de Salvador ha muerto aquí en la mayor miseria. Don Augusto Ferrán se volvió loco y falleció en un manicomio hace tiempo. Don Ramón Rodríguez Correa: calle de Claudio Coëllo, 7. Don Pedro Novo y Colson, Secretario general de la Sociedad de salvamento de náufragos: calle del Almirante, 9. Don Manuel Llorente y Vásquez, no vive aquí, pues no está su nombre en el gran libro de señas de esta capital. Hay la mar de Llorentes empleados, mercaderes, panaderos, etc.; pero no Vásquez. Para los de Madrid, si quiere que no se pierdan, mándeme los segundos tomos de sus *Poesías*, y yo los distribuiré en seguida.

Además de mis *Nuevos cuentos*, le remito un ejemplar de la conferencia que pronuncié en el Ateneo sobre el *Bandolerismo*, tal y como fué copiada por los taquígrafos. No sé quiénes serán las dos personas de Chile que han escrito al Ateneo pidiendo ejemplares de esta conferencia que ha sido impresa aparte, fuera

de los tres volúmenes que llevan por título *La civilización del siglo XIX*. Digo fuera, y digo mal, porque van en el tomo III.

Este don Domingo Amunátegui de quien Vd. me habla, debe ser hijo de otro señor Amunátegui a quien conocí por Cardoso, que creo habrá sido su discípulo. Celebraré conocer al joven don Domingo.

Conoce Vd. mis *Nuevas poesías* (2.º tomo) que son obras de joven: mi Musa después ha tomado otro rumbo, como verá por los adjuntos versos. Del primer tomo sólo tengo un ejemplar sin portada. Este fué impreso en Sevilla: 1858.

En París Mr. Achille Fouquier tradujo al francés las poesías de Bécquer. Desde ahora le ofrezco algún autógrafo de éste, pues debe de quedarme alguno. Conservaba algunos capítulos de la novela jocosa (que no concluimos) titulada *El Bujarrón en el desierto*, y algunas de sus *Rimas*, que solía escribir en tarjetas con letra muy menuda.

Recibí duplicado ejemplar de su *Biografía*: (1) uno de ellos lo llevé al Ateneo para que lo lean los amigos, y conservo el otro, que trae dedicatoria de su letra. En otra carta le remitiré los apuntes biográficos que me pide y que son insignificantes. No he sido cantante famoso, ni reina madre, ni... (2) que es cuanto se puede ser en la sociedad actual.

Aquí también se advierte una tendencia muy poderosa hacia nuestros hermanos de América. Valera, que es el primer propagandista de la unión fraternal hispano-americana, escribe artículos y libros en este sentido, y otros también tratan del mismo asunto. Sólo

---

(1) *Don Eduardo de la Barra. Rasgos biográficos para servir de introducción a sus poesías*, por Leonardo Eliz. Santiago de Chile. Primera edición, 1889.

(2) Suprimo otra frase de «grueso calibre».— N. del E.

Leopoldo Alas, (a) *Clarín*, que es un envidiosillo mordaz, es quien se ceba en los poetas y escritores americanos, exajerando sus defectos y poniéndolos en ridículo por cuantos medios le sugiere su ruín espíritu y mala voluntad. No está en Madrid, sino en Oviedo, y esto le salva de llevar algún susto, pues hay varios que desean tomarle el molde del hocico. Y se lo tomarán.

Le agradezco en el alma sus esfuerzos para aclimatar ahí mi *Retórica:* yo daré a conocer en el Ateneo sus *Estudios sobre versificación*, que bien lo merecen.

En veinte días la enfermedad llamada el *dengue* o *trancazo* se ha llevado a la sepultura en Madrid unas 4,000 personas. El Ateneo está casi desierto. Téngame por su verdadero amigo.

Narciso Campillo.





CARTA III

Ateneo de Madrid, 20 de Febrero de 1890.

Sr. Dn. Eduardo de la Barra,

Valparaíso.

Mi buen amigo: aprovecho este rato que tengo libre aquí en el Ateneo para acusarle recibo del segundo tomo de sus excelentes poesías, que he comenzado a leer con suma complacencia. Le agradezco muchísimo el recuerdo, así como la composición con que me favorece, tan sencilla como sentida y bella (1). En volviendo a casa y antes de cerrar ésta, le incluiré adjuntos unos versos míos, que deseo le agraden.

Ahora vengo de casa del amigo Zorrilla, que está muy grave. Le habían salido seis tumores en la cabe-

(1) Refiérese a la poesía que le dedicó don Eduardo de la Barra, mencionada en el Prólogo de esta obra.--N. del E.

za: cuatro como avellanas, y dos mucho mayores; de modo, que parecía su cabeza un empedrado: los cirujanos se los han extirpado; pero los dolores de la operación y la abundante pérdida de sangre en un sujeto que siempre fué pequeñito y enclenque y hoy mismo cumple 73 años, lo han dejado medio muerto. Con todo, espero que salga adelante el poeta de *Don Juan Tenorio* y los *Cantos del Trovador*.

No me dejan escribir. A mi lado hay dos señores disputando sobre la etimología de la palabra *Peloponeso*: me consultan, y para que me dejen les digo que *Peloponeso* significa «pon eso en el pelo». Más allá se habla de positivismo, realismo y todos los *ismos* posibles; de suerte, que esto es una grillera. Sólo mi costumbre de escribir, aunque sea en la punta de una cucaña, hace que no me equivoque, suponiendo que todavía no me salga una garrapata.

Le envidio sus ilusiones poéticas y sus ganas de trabajar: en cuanto a mí, ahora que tengo una posición desahogada, salud, vigor, y más alcance poético que nunca, ahora precisamente es cuando se me quita el deseo de poetizar, por causa de la común barbarie. Ya que no le paguen con dinero, el poeta necesita estimación, aplauso, algún estímulo que le acalore y haga tomar la pluma. Aquí figuran en primera línea no los que más merecen, sino los que más bullen, los que se rebajan a ir por las redacciones de periódicos mendigando elogios y congraciándose con los críticos y gacetilleros. Yo, amigo mío, tengo el espinazo muy duro y no sirvo para esás intriguillas que me repugnan. Por esta razón era desconocido Bécquer hasta que se murió y echamos a volar sus versos: por la misma es casi desconocido el gran Tassara, mi paisano, y también por igual causa murió el año pasado Querol obscurecido en Valencia. Y así Tassara como Querol eran

poetas del temple de Manolón (Fernández y González), conocido por sus novelas, precisamente por lo peor: estos tres eran poetas machos, de estos poetas que cuando se sientan a escribir les... (1) y perdóneme la expresión, que no es muy académica. Puede que todavía me anime y suelte algo de lo que tengo bailando en el caletre: si esto sucede, como es probable y casi seguro, no le olvidaré y he de remitirle algún engendro de mi numen. Ahora escribo prosa, y cuando imprima lo que es, si encuentro editor que se atreva, pues ya lo llevo muy adelantado, le remitiré ejemplar y leerá Vd. con todas sus letras y dicho con la mayor claridad y frescura lo que algunos piensan y no se atreven a decir porque.... hay moros en la costa (2).

A propósito de moros. El verano pasado estuve en Marruecos: adopté el traje de aquella gente para meterme por todas partes: oí predicar a los santones contra los infieles cristianos, y con mi alquicel y turbante parecía más moro que los moros. Estos me son simpáticos; pero los judíos me repugnan por aduladores, codiciosos y cobardes: dándoles dinero se acomodan a todo, incluso a prostituir sus mujeres y sus hijas. Canallas y canallas.

Pero el papel se acaba y la epístola también. Soy su amigo.

Narciso Campillo.

P. S.—Las *Memorias*, que podrían titularse *Ultimos amores de un abuelo*, no se han publicado por consideraciones de familia.

---

(1) Otra frase de subido color que suprimo.—N. del E.

(2) Campillo alude aquí a la obra que publicó después con el título de *Historias de la corte celestial*.—N. del E.

Advertencia.—Ayer 19 una hermosa joven llamada Paz Campillo, sin que su familia hubiese notado en ella la menor turbación, se vistió con elegancia de traje negro, oyó misa, volvió a su casa y se destrozó la cabeza de un pistoletazo. Se ignora el motivo, pues no ha dejado escrito alguno.

Esto, poco más o menos, dicen los periódicos de Madrid. Como la difunta lleva mi apellido y es hija o sobrina de un catedrático, muchos creyeron que era cosa mía. No lo es. Sólo advierto, por si llega a sus manos alguno de estos periódicos.

Es parienta, como todos los andaluces, aragoneses y asturianos de igual apellido. A última hora oí decir que la causa fué un amor contrariado. ¡Descanse en paz la pobre joven! Tenía 18 años.





CARTA IV

Madrid, 23 de Febrero de 1890.

Sr. Dn. Eduardo de la Barra,

Valparaíso.

Mi buen amigo: para darle idea de los trabucazos que suelto de vez en cuando, adjuntos van esos versos. El cuadro está tomado del natural fielmente. Dígame si está la Magdalena para tafetanes; esto es, si la gente se halla en estado de leer y juzgar estas cosas. Creo que no, y por esto las suelto con cierta cautela. Figúrese un volumen de escritos semejantes, la polvareda que levantaría, hoy que España se va cubriendo de una lepra de conventos, y debajo de cada diez gabanes hay nueve hipócritas. Pero se imprimirán, que no siempre ha de soplar este viento.

Suyo afectísimo amigo

Narciso Campillo.



CARTA V

Madrid, 29 de Junio de 1890.

Sr. Dn. Eduardo de la Barra,

Valparaiso.

Mi buen amigo y hermano en las Musas: mucho tiempo hace que no tengo el gusto de leer carta suya. Sin embargo, yo le escribo, aunque esto sea media correspondencia. Adjunta va mi última composición: publíquela o no, haga de ella lo que quiera.

Cuando ésta llegue a sus manos, si llega, estaré en Marruecos, como el año pasado, vestido de moro y hecho un perfecto mahometano. Tengo la estatura, los miembros enjutos y fornidos de un rifeño, y cuando estoy allí me cuesta trabajo pensar que soy europeo, casado y con hijos.

Por el temor de que ésta no llegue a sus manos, hago punto y no le escribo más. Suyo siempre buen amigo

Mojamé. (1)

Fusta—5—2.º

(1) Pseudónimo de Campillo.—N. del E.





CARTA VI

Madrid, 24 de Octubre de 1892.

Sr. Dn. Eduardo de la Barra,

Rosario de Santa Fe (R. A.)

Mi buen amigo: He recibido sus *Nuevos estudios sobre versificación castellana*, que es obra digna de su ingenio y erudición.

Me extrañó su cambio de país; más el *Post-scriptum* me dió la explicación y clave de esta novedad. Con la gente de iglesia hay que guardar mucho equilibrio: muy buenas palabras; y siempre que se pueda, estocada al corazón.

No recuerdo si le envié mis *Nuevas poesías*, impresas en Cádiz (1867), que ya van siendo viejas como su autor. Dígamelo. Por ahora le remito las *Historias de la corte celestial* para que se huelgue algunos ratos. Las tales *Historias* tienen sobre sí unas cincuenta excomuniones y varias causas criminales. Sólo por la vida de San Hilarión pedía el fiscal contra su autor la friolera de ocho años de presidio. Pero contra siete vicios hay siete virtudes, y me burlé del fiscal y de

sus denuncias. También van unos versos míos y la vera efigie de mi persona. Si no fuera por el pelo blanco y el bigote canoso, nadie calcularía que ando a bofetadas con los sesenta, pues no tengo arrugas ni alifafes, sino buen humor y buen apetito, aunque tales cosas no aparecen en el retrato.

Celebro mucho su amistad con Benot, que es hombre de mucho talento, de grandísimo saber, extremadamente laborioso y honrado, y a quien yo estimo y quiero, como todo el que le conoce. Hace pocos días contribuí con mi voto y el de algunos amigos a sacarle diputado a Cortes por el partido republicano, derrotando al candidato de Gobierno.

En los versos y aún en la prosa no hay que fiar sino del oído: se tiene, o no se tiene. En literatura y filosofía soy dogmático y no polemista. Cuando alguno piensa de contrario modo, no pierdo el tiempo en convencerle, pues no se extirpan errores como raigones de muelas: me encojo de hombros y digo: «el Señor te despabile el quinqué del entendimiento», y sigo en mis ideas, dejándole con las suyas. Al que profesa un error, sobre todo, si es añejo, no hay que irle con razones: aunque le claven el sol en la punta de la nariz, dirá que no lo ve.

Deseo que estos desaliñados renglones lleguen a sus manos sin tropiezo. Escríbame: soy su amigo.

NARCISO CAMPILLO.

Su casa--Justa 5, 2.º





A LA IMPRESIÓN DE UN LIBRO

Hermosas, perdonadme si no entono
cantos de amor: la juventud lozana
huyó de mí con sus alegres juegos,
y cual nevada cumbre de alto monte
ya mi cabeza por la edad blanquea.
Jamás hicieron amistad durable
severas canas y risueñas flores.
Dejemos el amor: cosa distinta
deciros quiero.
Con tranquilo paso
y más tranquilo espíritu crúzaba
las calles de Madrid. Era la hora
en que el calor de Julio las despuebla
del hormiguero humano, que otras veces
se agita con afán, hierve y se empuja:
y más se agita y se remueve y bulle
con gritos y ademanes de alegría,
si hay toros, procesión o algúna horcado;
espectáculo digno de los dioses,
y de mi culta y religiosa patria.
A enjugarme el sudor paréme un punto
frente a una iglesia: el agrio cimbalillo
en su espadaña volteaba loco

llamando a no sé quién: ni cerca o lejos
en la desierta plaza nadie había,
cuando un amigo apareció y me dice:
¿Vas al templo? Y le dije: «Al templo voy
de que ministros somos: ven conmigo.»
Y atravesamos juntos breve espacio,
y entramos en la imprenta.

¡Salve, oh cuna
del pensamiento! ¡Oh nube, donde toman
las palabras sus rayos y fulgores
como en moderno Sinaí vibrante!
¡Oh bendito lugar, de donde surgen
con alas rapidísimas y eternas
la ciencia, el arte, la moral, las leyes
para alumbrar y redimir al mundo!
¡Oh templo indestructible, que los siglos
nunca derribarán! Tu sacerdote
en ti penetra con la fe robusta
que mueve las montañas.

En la imprenta
no hay regias colgaduras de damasco,
ni lámparas inútiles, ni el jaspe
y oro y plata deslumbran, en memoria
del que nació en establo y murió pobre:
ni el incienso y la mirra del Oriente
el aire llenan con azules nubes,
ni se elevan altares, ni los tonos
del órgano suplican o amenazan.
Todo es obscuro o negro, y lleva luto
por la razón humana, perseguida
y mártir tantas veces, nunca muerta.
Todo es obscuro o negro: las paredes,
las cajas y las máquinas, y el traje
del operario silencioso. Brama
comprimido el vapor y presta impulso

a los volantes de las grandes ruedas
y a la prensa de acero reluciente,
de hojas mil incansable engendradora.
¡Cómo salen cubiertas de palabras
y preñadas de ideas! ¡Cómo luego
se juntarán para formar el libro
y extenderse después de polo a polo!

Brotad, páginas santas, volad como las aves,
id a decir al mundo que el mundo es vuestro amigo,
que ya tiene el espíritu de su prisión las llaves,
que nunca fué el trabajo ni oprobio, ni castigo.

Sí, volarán y triunfarán: el verbo
de la humana razón será llevado
a pueblos y naciones: donde quiera
que el sol derrame sus doradas luces,
verá el libro, y la frente pensadora
del hombre sobre él. Por largo tiempo,
de infamias ese sol viejo testigo,
miró la esclavitud y la ignorancia
al carro vil del fanatismo uncidas:
hora es ya de que atónito contemple
al hombre libre, la razón señora
y la ciencia sentada en trono eterno.
Hora es ya que de júbilo en sus tumbas
nuestros pobres abuelos se estremezcan.
¡Cuánto sufrieron y lucharon! ¡Cómo
de las hogueras al siniestro brillo,
bajo el sable y el látigo encorvados
a la conquista del derecho iban
siempre avanzando, y señalando siempre
con sangre y con sudor sus huellas santas!
En muchedumbre interminable pienso
verlos pasar ahora. ¡Qué andrajosos,

qué pálidos están, ellos, las vivas
fuentes de la riqueza, el nervio duro
del trabajo incesante, y las columnas
que el mundo sostuvieron y sostienen!
Héroes obscuros, a vosotros debo
mi pensamiento y libertad: vosotros
allanasteis la selva y arduo monte
con el hacha y el fuego, y el dorado
vino y el pan nos disteis; y el vestido,
y el dulce hogar y la gloriosa patria,
y los prodigios de la ciencia y arte,
y el noble corazón y la alta frente.
Y por vosotros el esclavo dice:
¿qué es esto? y lanza rota su cadena,
y las negras conciencias se iluminan,
y el ojo humano en la creación se hunde
y al planeta y al átomo comprende.
¡Milagrosas conquistas! ¡Ay! Acaso
¿no morirán? De Nínive y de Tiro,
de Tebas y Cartago la memoria
sólo queda y confusa: sus murallas
y sus templos y alcázares visiones
fueron de breve sueño: la barbarie
los devoró con implacable furia
y para siempre los tragó el olvido.
Murió su verbo; más el verbo goza
hoy de vida inmortal y la palabra
eterna es como Dios, y suena y vibra
igual en todas partes. ¡Salve, imprenta,
madre feliz del libro luminoso!

Brotad, páginas santas, borrad cual nueva aurora
la noche de los siglos tan tenebrosa y yerta:
dad a los ciegos vista, consuelos al quo llora,
decid al mundo todo que el hombre se despierta.

Penetra el libro en el hogar, y prende
con raiz invisible: él es amigo,
consejero y maestro de la vida.
Repitiendo los cantos de los vates
depura el alma, y limpia como el oro
por celestes espacios la levanta:
alumbra de la mente las tinieblas
con luz de ciencia y arte, de la tumba
el sello rompe y brota el tan fecundo
coloquio de los vivos con los muertos.
¿Veis ese joven? Su moreno rostro
amor expresa y compasión: deplora
la infausta suerte de la tierna Dido:
aquellos hombres de espaciosa frente
donde trono y altar tiene la idea,
pasan la noche y ven lucir el día
siguiendo el curso de la humana estirpe,
de los planetas calculando el vuelo,
trazando el puente, el acueducto, el muro,
quilatando los átomos: la amable,
gentil doncella con los genios trata,
los comprende, y admira, y se enternece,
y con piadosas lágrimas refresca
de sus sepulcros el laurel tardío,

¡Comunión de las almas, triunfadora
del tiempo y de la muerte! El pensamiento
de los que ya son polvo me penetra
en noches de misterio y largo estudio:
y hállome en Grecia en las heroicas luchas
de la lira sonante y de la espada,
y soy emperador o esclavo en Roma,
o lleno con mi voz el ancho foro
por la justicia y libertad clamando.
Ciudadano del mundo, compatriota
del romano y del griego, egipcio y persa,

vientos de Oriente y Occidente aspiro,
y contemplo a Moisés ceñido en rayos,
y a Píndaro y Platón absorto escucho,
y con Horacio del falerno bebo,
y sigo al torvo Dante a las regiones
donde yace cadáver la esperanza.
Como enjambres de abejas zumbadoras
las humanas ideas me circundan,
y me siento orgulloso de ser hombre.
Así mi amigo y yo, mientras bramaba
comprimido el vapor, prestando impulso
a los volantes de las grandes ruedas
y a la prensa de acero reluciente,
meditábamos juntos. Algo noble,
espíritu, entusiasmo, ángel o genio,
flotaba en el ambiente, acompañando
el ritmo de las máquinas. Salimos:
y el agrio cimbalillo estaba mudo,
y la prensa lanzaba nuevas hojas.

Brotad, páginas santas, brotad como las flores,
que al presentarse anuncian el fruto regalado:
iluminad la sombra con puros resplandores,
hablad, hablad al mundo, y el mundo está salvado.

Narciso Campillo.

Madrid, Junio de 1890.





UN ASTRO

Pasó... sobre su frente y su cabello
fulguraba el diamante:
los ojos fijos, enarcado el cuello,
desdeñoso el semblante.

De seda, encaje y oro la envolvía
rica, ostentosa nube,
como a reina oriental en fausto día
cuando a su trono sube.

Los negros potros de su raudo coche
que alto blasón decora,
pudieran ser uncidos por la Noche
al carro de la Aurora.

Todo a su paso inclina la cabeza
cual espiga ante el viento;
poder y nombre, juventud, belleza,
opulencia y talento.

Linda cual Venus, cual Minerva altiva,
como Juno orgullosa,
ya parece que es sol de lumbre viva,
ya de amor tierna rosa.

¡Cuántas, ay, de la envidia al contemplarla
el aguijón sintieron!
¡Y cuántos, al pasar, con saludarla
honrados se creyeron!

Y ella en triunfo, soberbia, indiferente,
cruzó deslumbradora;
parece pueblo la apiñada gente,
ella reina y señora.

¿Quién es la excelsa, la orgullosa dama?
¿Su nombre es un misterio?
No; la conocen todos, y se llama...
y se llama: *Adulterio!*

Narciso Campillo.





MEMORIAS

¡Oh, cuántas noches juntos y felices,
en tu balcón sobre el jardín sombrío,
a otros mundos más bellos nos alzaba
de intenso amor el éxtasis divino!
Tú decías:— «¡qué grandes son tus ojos!
¡qué ancho y fuerte tu pecho, todo mío!
¡qué vida tiene tu palabra! Sale
como flecha del arco retorcido
y va derecha al corazón. Soy tuya:
tú mi padre, mi hermano, tú mi amigo,
tú mi amante inmortal y el recio escudo
donde el dolor embotará sus filos.»
Y a mi frente, mis ojos y mi boca
lágrimas dabas, besos y suspiros.

*
* *

Y añadías ¿te acuerdas? Sin tu amparo,
sin ti, qué fuera yo? Flor del camino
brutalmente pisada y ya marchita,
y perla en cerco de oro soy contigo.

Ay! yo te olvidaré cuando olvidare
sus galas Mayo, el ruiseñor sus trinos
y el creyente su Dios. Así me hablabas.
Yo te escuchaba todo estremecido:
te escuchaba, y corría por mi sangre
calor ardiente o delicioso frío;
y en tanto, las estrellas tembladoras,
la oculta fuente del jardín vecino,
los árboles frondosos agitados
del manso viento con rumor continuo,
nos daban santa luz, murmullos leves,
vago ideal de espacios infinitos,
y allí las almas de cien mil amantes
en torno nuestro revolar sentimos.
¡Quién entonces el carro de las horas
parar por siempre hubiera conseguido!

*
* *

Húmeda luz brotaba de tus ojos,
y de tu boca y cuerpo y tus vestidos
olor intenso de mujer hermosa,
que el fuego siente del varón querido.
Y ¡cómo sonreías! Yo pensaba
ver de repente abrirse el Paraíso,
y cual hoja llevada por el viento
te arrebataba entre los brazos míos
a ti tan alta y arrogante. ¡Oh noches!
¡Oh de indomable amor fiebre y delirios!

*
* *

Recibe el grano la fecunda tierra
y es rubio mar de mieses en estío.
Nuevas almas bajaban de otros mundos

y en tu seno tomaban dulce abrigo,
y de ti, la mujer más noble y bella,
nuevos retratos tuve en tiernos hijos.
Aun antes de nacer les preparamos
harmonioso nombre y blando nido,
y aun antes de nacer nos inspiraban
ansias de amante y paternal cariño.
—¿Tendrá tus ojos? tu gallardo cuerpo?
tu gracejo infantil, tu genio vivo?
¿Tendrá esa boca sonriente y fresca,
tu blanca frente, tus dorados rizos?
—¿Tendrá tu alma generosa y grande,
tu mente clara como el sol es limpio,
y habrá mujer a quien dichoso infunda
amor que pueda compararse al mío?
Estas cosas hablábamos: el Sueño
sobre nosotros con callado giro
sus alas agitaba, y luego el día
en largo abrazo nos hallaba unidos.



Nunca, jamás la sonrosada Aurora
de su lecho se alzó cual tú del mío:
nunca tan bella y sonriente. ¡Nunca!
Besabas tú mis ojos adormidos
y yo vibrando despertaba. Acaso
al verte andar, al escuchar los trinos
de tus cantares, al olerte, oh diosa,
al oírte exclamar:—«el Paraíso
no guarda, nó, felicidad más grande
que nuestro amor»... confuso y pensativo
y hasta humillado, en mi interior decía:
«Ah! ¿qué hice yo, que tanto he merecido?
¿Por qué no soy emperador y sabio,

y hermoso y joven como Apolo mismo
para embriagar a esta mujer de amores,
para a sus pies amontonar prodigios,
y convertir la vida en un poema
vario y gentil y palpitante y rico?

* * *

Esto... ayer fué verdad. Hoy es recuerdo,
y tú vives aún: yo también vivo.
Cuando en la calle nos cruzamos, cubre
súbita palidez tu rostro lindo,
y yo del pecho siento en lo más hondo
algo grande que ha muerto.
Si el destino
separarnos logró, si con fiereza
tiré del lazo y lo rompí yo mismo,
ah! tú sabes por qué. Mas ese lazo
nos une aún con invisibles hilos,
y yo al morir pronunciaré tu nombre,
o tú al morir bendecirás el mío.

NARCISO CAMPILLO.

Madrid.



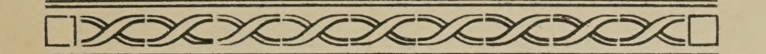
REGISTRO

alfabético de nombres citados.

Alas (Leopoldo)
Alcalá Galiano (Antonio)
Amunátegui (Miguel Luis)
Amunátegui (Domingo)
Alvarez Quintero (Serafín)
Alvarez Quintero (Joaquín)
Asensio (José María)
Arolas (P. Juan de)
Barrantes (Vicente)
Barra (Eduardo de la)
Blanco Cuartín (Manuel)
Barcia (Roque)
Balmaceda (José Manuel)
Blanco García (P. Francisco)
Barros Arana (Diego)
Bécquer (Gustavo A.)
Benot (Eduardo)
Belgrano (General Manuel)
Burgos (Javier de)
Burton (Walter)
Campillo y Correa (Narciso)
Campillo (Narciso 2.º)
Campíllo (Rafael)
Campillo (Paz)
Casado del Alisal (José)
Carrère (Emilio)
Cervantes Saavedra (Miguel de)
Cejador y Frauca (Julio)
Coullaut Valera
Dante
Díaz de Benjumea (Nicolás)
Espronceda (José de)
Fernández y González (Manuel)
Ferrán (Augusto)
Fouquier (Achille)
García Tassara (Gabriel)
Gestoso (José)
González Blanco (Andrés)
Heine (Enrique)
Hugo (Víctor)
Herrera (Fernando de)
Horacio
Lamartine (Alfonso de)
Lastarria (José Victorino)
Lasso de la Vega y Argüelles (A.)
León (Fr. Luis de)
Llorente y Vásquez (Manuel)
Milá y Fontanals (Manuel)
Moisés
Montoto (Santiago)

Nombela (Julio)
Novo y Colson (Pedro)
Nûñez de Arce (Gaspar)
Pardo Bazán (Emilia)
Páez (Eugenio)
Peñaranda (Carlos)
Platón
Píndaro
Petrarca
Pongilione (Arístides)
Querol (Vicente W.)
Quintana (Manuel José)
Revilla (Manuel de la)
Rioja (Francisco de)
Rodríguez Correa (Ramón)
San Martín (General José de)
Salvador de Salvador (José)
Scott (Walter)
Valera (Juan)
Zorrilla (José)





INDICE

Páginas

Prólogo de Leonardo Eliz.................. 5
Carta I.................................... 23
,, II....................................... 26
,, III...................................... 32
,, IV....................................... 36
,, V.. 37
,, VI....................................... 38
A la impresión de un libro................. 40
Un àstro................................... 46
Memorias................................... 48
Registro alfabético de nombres citados.... 53





ACABÓSE

DE IMPRIMIR ESTE OPÚSCULO

EN VALPARAISO,

EN LA

IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN ROMA

DE

PARADISI Y NOBILI,

EL DÍA XX DEL MES DE MARZO

DE M–CM–XXIII

AÑOS.

